

ALMAZAR



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 26 DE FEBRERO DE 1843.

NECROLOGÍA.



EL CONDE DE PINOFIEL.

La grandeza de las naciones, la constituye la historia de los hechos notables de sus hijos; y los que se sacrifican mientras viven por su patria, le dejan todavía mas allá del sepulcro un legado de gloria, ennobleciendo con esta ofrenda sus anales. ¡Dichoso el que en medio de nuestras discordias, pasa á la posteridad sin llevar tras su nombre un enemigo; sin tener en su corazon un remordimiento! ¡Dichoso el ciudadano cuya tumba solo escita el llanto de la amistad, la compasion de sus adversarios y el respeto de las generaciones! Porque no es sola la gloria de las armas, ni el sangriento laurel de las contiendas civiles de los pueblos, lo que la historia de las naciones guarda para ostentar en los siglos faturos su grandeza. Un ara mas sencilla levanta tambien la humanidad á la memoria de los buenos; y la toga, la modesta toga, tambien tiene nombres ilustres que enlazados con altos hechos políticos,

pasan á la posteridad sin sangre; que en medio de nuestras turbulencias lleguen á la eternidad sin remordimientos.

El nombre del primer conde de Pinofiel irá para siempre unido á la historia de la legitimidad de una raza de Reyes. Las actas de las c6rtes de 1789 publicadas en 12 de enero de 1833 bajo la firma de este espa1ol ilustre, las esposiciones de treinta y ocho ciudades de voto 6n c6rtes y de la diputacion de los reinos dando gracias al trono por la publicacion de la pragmática de sucesion, y tantos otros notables documentos, como en el 6ltimo per6odo de la vida de Fernando VII testifican su deseo de que la ley de partida se observase; si s6n por una parte los indestructibles t6tulos de la legitimidad de nuestra Reina, no dejan de ser por otra los que la lealtad del conde de Pinofiel presenta á sus conciudadanos, para ser tenido entre ellos como uno de los mas fieles sostenedores de la monarquía.

Nacido en Antequera en 13 de abril de 1768, se dedic6 á la carrera de las letras para dar con sus virtudes aun mas lustre á la elevada clase á que su familia pertenecia; y a1adiendo en cada aula nuevos lauros á su aplicacion, fué doctorado en leyes y cánones, y desempe16 en la universidad de Granada cátedras de ambos derechos, mientras en el colegio real de la misma, cuyo rector era, esperaba la resolucion de S. M. á las consultas que en su favor hacia la cámara para plaza togada en la península.

Nombr6sele todavía muy j6ven alcalde del cr6men de Galicia: y este primer paso de la carrera de la toga di6, á conocer á D. Francisco Fernandez del Pino como un magistrado digno de vestir la que ennoblecieron los Jovelanos y Campomanes. Laborioso y aplicado, sacrificaba continuamente á su elevado sacerdocio las horas de su descanso: recto 6 inflexible, ahogaba la dulzura de su carácter, para dar cabida en sus fallos á la severidad saludable de la justicia; y cuando las leyes le permitían ser clemente, 6 veia la inocencia perseguida, su mano protectora ayudaba á los desgraciados y su generosidad les consolaba en sus padecimientos.

Integro, celoso, activo, desinteresado y lleno de entusiasmo por su carrera ilustre, fué trasladado á consulta de la cámara y premiando asi su buen nombre, á alcalde de la Cuadra de Sevilla. Sus relaciones en este pueblo y las conexiones de familia que allí tenia, permitieron al magistrado en sus escasos ocios, dedicarse al cuidado de las cárceles, á la instruccion cristiana de los presos y á proteger como ciudadano á los desvalidos. Mejorando notablemente aquellas, vistiendo á su propia costa á los encarcelados, y siendo por todas partes consuelo de los infelices, gan6 nombre en la poblacion y conserv6 el debido respeto á su carácter. Asi la audiencia le crey6 el mas á propósito para sosegar al pueblo, noblemente alarmado al saber que se aproximaban las tropas francesas á ocuparlo. El conde de Pinofiel solo, á caballo, sin mas fuerza que la moral de su prestigio, recorri6 todos los puntos, tranquiliz6 la poblacion y consigui6 por fin calmar los ánimos, evitando los desastres á que pudiera haber conducido un imprudente entusiasmo. Saliendo para Cádiz la junta central, mand6 á los alcaldes del cr6men que permaneciesen en Sevilla, transigiendo de esta manera las instancias de la poblacion, para que aquella se quedase: y el se1or Fernandez del Pino tuvo ocasion entonces de mostrar su carácter elevado á los invasores, despreciando las amenazas de los generales que ansiaban influir en las causas contra espa1oles fieles, y absolviendo sin temor, cuando la justicia lo exigia, á los que demandaba codiciosa la comision del secuestro imperial, que litigaba por el emperador mismo. La miseria

de la época le sugirió la idea de recoger en el convento de San Diego á los ancianos y enfermos que morían por las calles, y asociando á su generosidad la de otros dignos patriotas, arrebató á la muerte mil víctimas que hubieran perecido sin su auxilio, entre ellas multitud de sacerdotes.

Tales esfuerzos en favor de la causa pública hicieron sonar el nombre respetable del conde cuando establecido el sistema constitucional, trataron los sevillanos de nombrar sus diputados. Eligióronle alcalde primero, cuyo cargo no pudo admitir con arreglo á las leyes que regían, pero Antequera su patria le hizo á la sazón la misma honra, y retirado á su hogar fué mas respetado por sus virtudes que por su investidura.

Así pasó aquel período crítico, en que era difícil conciliar la lealtad con el desempeño de los cargos públicos, y vuelto á Madrid el rey, fué repuesto en su plaza y trasladado á poco á la de cidor decano de la Chancillería de Granada. De allí pasó á la regencia de Estremadura y el consejo de Estado constitucional le propuso para la de Granada donde terminó, puede decirse, su mando en las provincias. Los recuerdos que quedan aun en la universidad de Baeza, cuyos disturbios estinguió por comision espresa del consejo; el edificio de la audiencia de Cáceres; su cárcel y sus oficinas levantadas casi enteramente en su tiempo; la memoria de las estinguidas gavillas de facinerosos que infestaban á Estremadura; y que cayeron todos entouces bajo la activa persecucion de la justicia; la paz y tolerancia que consiguió influir en los ánimos en aquel tiempo en que germinaban ya nuestras disensiones, todos son títulos de honra para la memoria de tan celoso magistrado.

Tiempo era ya, después que conservó la tranquilidad pública en Granada al cambiar las instituciones; tiempo era de que aproximase hácia sí el trono al incorruptible juez, que maduro por los años y amaestrado por la experiencia, reclamaba un lugar en el primer tribunal del reino. La cámara le propuso, y en el consejo de Castilla se oyó á poco una voz enérgica que pedía templanza en sus purificaciones; y que era constante escudo de la inocencia, contra los sangrientos odios de los partidos. Gobernador de la sala de alcaldes sirvió esta comision por seis años; largo plazo, si se atiende á la costumbre de que durase solo tres; pero tal era la confianza que infundian al gobierno sus virtudes. La justicia era su sola guia y así representaba, solo, contra un indulto obrepticio concedido á un realista á quien protegían por su clase las notabilidades de la época, como se oponia á las persecuciones de partido, que pusieron al general Vigodet en peligro por lo crítico de las circunstancias. Por su imparcialidad obtuvo la comision de formar la causa sobre los sediciosos proyectos de Cataluña, y su resultado justificó el acierto. El conde de Pinofiel empezó entouces á mostrarse como esforzado defensor de la legitimidad contra las usurpaciones, y con la mira de asegurarla, fué de los pocos que disintieron del consejo, cuando este informó negativamente sobre si seria conveniente una amnistía.

Así llevando la voz de él en la célebre consulta semanal que presidia la augusta Reina Cristina por la enfermedad del Rey en 9 de noviembre de 1832, habló de la legitimidad de Isabel II al felicitarla por su convalecencia, y las palabras del leal conde de Pinofiel fueron mandadas publicar en la *Gaceta*, como la espresion solemne de la opinion y de la magistratura. Consoladoras y de reparacion eran las miras de la escelsa Gobernadora entouces del reino. De reparacion y olvido, á la par que de legitimidad, eran las opiniones del acreditado consejero, y así ocupó con aplauso la silla del ministerio de Gracia y Justicia.

A su voz se abrieron las puertas de la magistratura á multitud de jóvenes á quienes las cerraron poco antes sus creencias políticas. Reparó antiguas injusticias y procuró á costa de esfuerzos dar los primeros pasos en la nueva era que el nombre de Isabel II presagiaba, jurada ya por princesa para completar los ostensibles títulos de la legitimidad de su corona.


Así terminó por entonces el conde de Pinofiel su carrera de la magistratura. Sus servicios en el ministerio le grangearon honra y consideraciones y así fué que al volver á descansar de sus tareas en la cámara de Castilla, llevó como justo premio los honores de consejero de Estado, adquiriendo para memoria eterna de su lealtad el título de Castilla que simboliza su conducta, cuando como asistente á la jura de la princesa, lo recibió por usada gracia que la galante corte española dispensaba á los camaristas asistentes.

Retirado despues á Antequera por su jubilacion, aun se sentia con fuerzas para servir á su patria y á sus reyes, cuando fué llamado á la corte á su antigua plaza; y de la vida privada, pasó por último á la presidencia del tribunal supremo de Hacienda y despues á la del de Justicia. Merecido premio de tantos sacrificios, justa recompensa de lealtad tan acendrada!

En el consejo de Castilla y el de Hacienda, en la cámara y en el ministerio; en la vida privada y en la pública, honradez y probidad eran la divisa del conde de Pinofiel; en política era su lema la tolerancia: la lealtad en fin á sus reyes era su solo ídolo. Procer y mas tarde senador del reino, alzó siempre su trémula voz para pedir justicia á nombre de su Reina, y defendió el magistrado como legislador, la Regencia y la tutela de su Augusta Madre. Esfuerzo generoso pero inútil, para los que desatendiendo sus servicios importantes, le separaron de su plaza en el pronunciamiento de 1840.

Crecido ya de edad y colmado de honores y distinciones, la madrugada del 26 de enero falleció el conde de Pinofiel en esta corte dejando á sus hijos el recuerdo de un padre cariñoso, á su desconsolada viuda la memoria de sus virtudes y á sus amigos y á la magistratura y á la nacion entera, un nombre ilustre que escribir en sus anales.




LA HIJA

DE JEPHTÉ.
POR ANA MARÍA.

IV.

Pero hé aquí que un día todo se agita en la fortaleza. ¿De dónde proviene ese tumulto? El estruendo de los guerreros que se arman resuena en Maspha. Los caudillos llaman á los soldados; todos corren á las murallas para defender la ciudadela, y los gritos de «¡las armas!» se escuchan por todos lados. ¿Qué ha acontecido?

Un numeroso tropel se ha aparecido en los senderos que conducen á las rocas sobre las cuales está construida la fortaleza. Ya comienza á ascender, y se dirige hácia el camino tortuoso de Maspha. ¿Quién se aventura á venir así á buscar á Jephthé en su propia guarida? ¿Quién se atreve á turbarle en su reposo? ¿Se ha visto al barquero provocar alguna vez la tempestad?

El tropel se adelanta con lentitud. Pero bien pronto se alcanza á distinguir los que le componen, y los aceros tornan á las vainas. La mayor parte son ancianos, y todos traen en la mano ramos de floreciente oliva; vienen con calma mostrando sus brazos desarmados.

— ¡Dios de mis padres! esclama Jephthé, que era de los primeros que en las murallas se apostaron. Reconozco todos esos rostros, son ancianos de Galaad. ¿Qué pueden pretender de aquel á quien ellos han arrojado lejos de sí?

Y el encarnado oscuro que asoma á las mejillas del caudillo, indica bien cuán viva está la ofensa en el fondo de su corazón.

— ¿Quiéres que salgamos y les aprisionemos? exclamó el viejo Seir, cuya autoridad es reconocida como la primera, después de la de Jephthé.

Este quedó un tanto incierto, hasta que por fin dijo:

— No: sepamos antes lo que se atreven á pedirme.

Y envolviéndose en su capa ordena que los conduzcan á su presencia, y á la vasta estancia donde se retira á esperarlos. Su faz aparece serena; pero ¡oh! qué tempestad ruge en su alma! Pudiéranse escuchar los precipitados latidos que dá su corazón bajo el fuerte acero de su coraza. A veces la superficie del mar está en calma cuando la tormenta hierve en el fondo de sus abismos.

Introducidos ya los de Galaad, se acercan con lentitud. Inclinan sus cabezas blanqueadas por los años, y sus vestidos están desgarrados en señal de profunda humillacion. Prostérnanse delante de Jephthé á quien ora respetan

como á un Dios, pero la turbacion que sienten detiene su voz y paraliza su lengua.

— ¿Qué quereis de aquel á quien habeis espatriado? dijo Jephthé con sordo acento.

Todos permanecieron inciertos y confusos. Desde lejos no les espantaba la mision que tenian que cumplir; habian preparado sus discursos; eran sencillos y debian enternecer; pero el aspcto terrible de Jephthé les ahuyenta su valor.

— Y bien, contestó Jephthé, qué venís á decirme?

Entonces se levantó uno de los Galaaditas, acercóse á Jephthé, y descubrió su faz. Era Tholá, su hermano, aquel á quien mas habia amado y que mas implacable se mostró con él. Al hablarle procuró ostentar una voz firme, y que los años y la emocion habian turbado.

— Jephthé, hijo de Galaad, hijo de Nachor, escucha lo que venimos á pedirte, y no permanezcas implacable á nuestros ruegos, pues hemos puesto en tí nuestra esperanza.

Un dulce estremecimiento corrió hasta el fondo del alma de Jephthé. Cuanto en sus sueños de orgullo y de venganza habia osado esperar, era muy poco al lado de lo que acontecia. No podia dudarlo, no era otro sueño lo que le agitaba. Aquellos que le habian humillado y arrojado de su patria y heredad; aquellos que habian privado á sus dias de toda dicha, y á sus noches de toda paz; aquellos por quienes habia llegado á ser el horror y el azote de la tierra, estaban allí de rodillas ante él, é invocándole con la frente en el polvo. Ah! Dios poderoso, ¿quién lo hubiera creído? ahora de él dependia el humillarlos á su vez, ó con un desprecio altanero ó con sus perdones, mas desdeñosos aun que su desprecio.

Pero el corazon tiene estraños misterios... ¿Dónde está su furor? ¿Qué se ha hecho su implacable resentimiento?... ¡Ah! qué de emociones ha despertado en él la voz de su hermano! Toda su pasada vida se ha alzado ante sus ojos con toda su dicha y toda su amargura. Asi permanece silencioso.

— Hablad, exclamó por fin; pero su voz temblaba en su ancho pecho.

Y sus ojos, sombreados por los pliegues de la capa, con la cual se habia cubierto la cabeza, recorrian todos aquellos rostros amados en su juventud, y que quince años hacia no habia visto mas que en febriles ensueños. ¿Cómo los ha envejecido el tiempo! Aquellas cabelleras tan negras se han argentado; aquellos rostros tan robustos y varoniles se han enflaquecido y arrugado. Pero aquel... quién es? Ann es jóven, muy jóven.... Ah! sin duda es....

— Hermano, continuó Tholá, tus dolores han clamado sin duda al Todopoderoso, y él los ha hecho recaer sobre nuestra cabeza... Escucha....

«Los hijos de Israel, añadiendo nuevos crímenes á los que habian cometido, han obrado mal para con el Señor. Han invocado á los ídolos Baales, á los dioses de la Siria y de Sidon, y de Moab, y de los hijos de Ammon y de los Philisteos. En fin, han abandonado al Señor y han cesado de adorarle. (1).»

— Y bien, ¿qué me importa? dijo Jephthé: Si han sembrado el abrego cogerán la tempestad.

Asi ha acontecido.

— «En su ira, prosiguió Tholá, el Señor ha entregado á su pueblo entre las manos de los Philisteos y de los hijos de Ammon. Y todos los que habitan

(1) Libro de los jueces, cap. 10, v. 6.

del otro lado del Jordán, en el país de los Amorreos, todos los que moran en el país de Galaad, sufren hace ya quince años una cruel opresión (1)."

— Quince años hace también el último mes de Tishri que vosotros me arrojásteis de Galaad, murmuró el caudillo de Maspha con rudo acento.

Thola continuó con voz triste y desmayada:

— «Entonces los israelitas clamaron al Señor y le dijeron: contra tí hemos pecado, porque hemos dejado al Señor Dios nuestro, y servido á los Baales (2).»

«El señor les respondió: ¿Pues qué, no os oprimieron los Egipcios y los Amorreos, y los hijos de Ammon y los Filisteos, y también los Sidonios y los Amalecitas y los Chananeos, y clamásteis á mí y os libré de sus manos? Y con todo esto me habeis dejado, y habeis dado culto á dioses ajenos: por esto no os libraré ya mas en adelante. Id, y clamad á los dioses que os habeis escogido: ellos os libren en el tiempo de la angustia (3).»

Thola quedó en silencio, inclinada la frente y como abrumado bajo el peso de la ira de Dios de que hablaba. Pero el viejo Sadoc, anciano entre los ancianos de la ciudad, tomó la palabra, y dijo á su vez.

— Los hijos de Israel respondieron al Señor. Hemos pecado, haz tú de nosotros lo que te agradare, pero libranos ahora. Y diciendo estas cosas, echaron fuera de sus términos todos los ídolos de los dioses ajenos, y sirvieron al Señor Dios, el cual se dolió de sus miserias (4).

— Y les promete su libertad, hermano, prosiguió Thola, saliendo de su abatimiento y cubierta la frente de sonrojo. Mas es menester que un brazo poderoso venga á nuestro auxilio, y nosotros los habitantes de la ciudad, que te ha visto nacer, arrepentidos para contigo como para con Dios, pues también te hemos ofendido, venimos á reclamar tu ayuda: ¿nos privarás de ella?

— Vosotros venís á pedirme socorro!... á mí!... ¿De dónde os nace esa confianza? respondió Jephthé. Id y clamad á aquellos que habeis preferido, que ellos os ayuden en el tiempo de la angustia. No atañe á la víctima el venir á buscar el verdugo.

— El Eterno no ha permanecido inflexible, dijo Sadoz, ¿cómo un hombre osaria mostrarse inexorable?

— Muerte! muerte á los Galaaditas! exclamaron los feroces montañeses reunidos en torno de Jephthé; ellos vienen á insultar á nuestro jefe hasta su misma morada.

— Muerte! muerte! repitieron los caudillos inferiores; ellos mismos han venido á echarse en la boca de la serpiente; que en ella queden. Y cerrando las puertas de la estancia, hicieron relumbrar los aceros.

Una acerba sonrisa asomó al rostro de Jephthé al contemplar tan enteramente en su poder á los hombres de Galaad. Pero reprimiendo con una mirada el arrebató de sus soldados, exclamó:

— Se hallan indefensos, respetarlos.—Y estendió su capa sobre los enviados de su pueblo para declararlos inviolables.

Retiráronse los soldados, pero murmurando:

— Habia jurado no perdonar. ¿Vá tal vez á dejarse enternecer, y á entregarnos al rigor de las leyes?

(1) *Libro de los jueces, cap. 10, v. 7 y 8.*

(2) *Id., cap. 10 v. 10.*

(3) *Id., cap. 10, v. 11, 12, 13, y 14.*

(4) *Id., cap. 10, v. 15 y 16.*

Pero Seir que les conducía, les dijo:

— Jephthé es un caudillo prudente y justo; nunca separará su causa de la nuestra. Esperemos en paz su voluntad.

V.

Aun nada ha determinado el caudillo de Maspha; ha pedido tiempo y ha salido de la estancia taciturno y silencioso, dejando á los enviados de Galaad en una indecision llena de agonía.

— ¿Qué deben augurar segun tal acogida? ¿Qué pueden esperar?... Míranse unos á otros sin atreverse á preguntarse nada delante de los guardias que los observan. Mucho tiempo se ha pasado, y ya ha llegado la hora de la comida de la tarde. El caudillo, siempre tan sombrío, reúne á sus nuevos huéspedes en un aposento de alta techumbre destinado para los festines, y les hace servir un espléndido banquete: ¿Qué fin se propone ostentando sus riquezas? ¿Pretende deslumbrarles? Pretende escitar la envidia de aquellos que le han despojado de sus bienes?...

Cada Galaadita ha encontrado ante su asiento una copa de oro puro de un precioso trabajo: un mancebo les sirve un vino, cual nunca ninguno de ellos le ha bebido.

¿Pero de dónde proviene que la copa de Herane, ese jóven Galaadita que desde luego se atrajo la atención de Jephthé, de dónde proviene que sea mas bella aun, y de mas maravilloso cincelado que la de ningun otro? ¿De dónde proviene que los ojos de Jephthé estén siempre fijos sobre él? Thola se estremece. Herane es el mayor de sus hijos: ha querido acompañarle en su peligrosa mision; y Thola, viendo la dudosa acogida de su hermano, se ha guardado bien de pronunciar su nombre. Pero los negros ojos del jóven hebreo, su altanera mirada, su elevada estatura le hacen parecerse tanto á Thola en su juventud: ¿le habrá reconocido Jephthé? Sus ojos le siguen con una mezcla indefinible de interés é indignacion mal contenida. ¿Qué vá á acaecer?

Silencioso es el banquete, Thola quiere hablar; Sadoc intenta romper tambien el muro de hielo en que se sienten aprisionados. Pero el continente de Jephthé es siempre tan altivo que paraliza hasta el mismo pensamiento.

No obstante; al fin de la comida dijo Jephthé de repente al jóven hebreo, colocado no lejos de él:

— Mancebo, cuando yo dejé á Galaad quince años hace, mi hermano Thola tenia un hijo niño aun; se llamaba Herane, ¿seriais vos acaso?

— Yo soy, contestó el jóven israelita.

Y su padre se turbó, pues le veía en poder de un hombre enemigo suyo, y quizá implacable. Oh! en aquel momento, como se arrepentía de haber cedido imprudentemente á las instancias que Herane hiciera para seguirle!

— Herane, continuó Jephthé, sin duda te han enseñado desde muy temprano á detestar al hermano de tu padre, á un desterrado convertido en caudillo de descontentos?

Todos los enviados escuchan con temor la respuesta del mancebo. La guerra ó la paz, su vida ó su muerte, todo depende de sus labios en este momento.

— Lo que me han enseñado desde muy temprano, respondió Herane, es que el resentimiento de una grande injusticia puede estraviar á un corazón generoso.

— Jephthé se estremeció y bajó sus negros párpados: sus huéspedes respiraron con mas libertad.

— Thola, dijo el caudillo, despues de un momento de reflexivo silencio, á esta edad cuando tu conjuraste en contra mia á nuestros hermanos y conciudadanos, tú eras hermoso como tu hijo. Ah! si hubieras sido justo y sabio como él parece serlo, cuántas desdichas nos hubieras ahorrado!

— Mi hijo es la gloria de mi vida, respondió Thola.

— Feliz el que posee tal corona para su vejez! dijo Jephthé tristemente. Luego continuó dirigiéndose á Herane: ¿Si tú no odias al hermano de tu padre, Herane, por qué no te has llegado aun á saludarle?

— Herane arrojó sobre Jephthé una mirada fria, y lució en sus labios una sonrisa altanera.

— Os he tributado los mismos honores que todos mis compañeros, respondió.

— Herane, los demas no ven en mi un pariente. ¿Nada mas tenias tú que decirme que ellos?

— Jephthé, hijo de Galaad y hermano de mi padre, contestó con orgullo el jóven hebreo, tu nos has recibido no como á parientes y conciudadanos, sino como un enemigo recibe á su enemigo. ¿Qué debia yo hacer ante tí sino callarme?

— Tal vez tengas razon, mancebo; de todos modos yo aprecio en tí la franqueza, unida á la noble altivez. Jephthé se puso á considerar á Herane en silencio; despues continuó:

— Mancebo, tu debes, si yo no he contado mal los largos años pasados lejos del techo de mis padres, tu debes haber visto ya florecer veinte veces el almendro que crece á la puerta de tu morada.

— En efecto, dijo Herane, veinte veces le he visto vestirse de su verde pompa.

— Es la edad en que los jóvenes de Galaad eligen la compañera de su vida. ¿Has escogido tú ya la que ha de ser tu esposa?... respóndeme.

— Thola se estremeció. Sabia que la respuesta de su hijo seria una grande ofensa para Jephthé. Quiso hacerle una señal, se agita; pero Herane, sin mirar hácia el lado en que su padre estaba, contestó sencillamente.

— Mi padre la ha escogido por mí.

— Tu padre la ha escogido por tí.... ¿Y quién es, pues? insistió el caudillo de Maspha.

Su rostro anunciaba una terrible tempestad, que los enviados hubieran querido conjurar á cualquier precio. Pero el jóven Galaadita, sin parecer cuidarse de las consecuencias que su respuesta iba sin duda á traer, respondió con voz serena y firme.

— Es Zelfa, hija de Achitob, hermano de mi madre. Nuestros sirvientes deben partir á la primera luna del verano que está próximo para ir á traerla.

— No obstante, mancebo, debes saber, añadió Jephthé intentando contenerse, que nuestras leyes te destinan otra esposa.

— Los que viven fuera de las leyes no deben invocar ninguna ley! dijo Thola vivamente, procurando volver contra sí propio la tormenta que amenazaba la cabeza de su hijo.

— Y yo sufriré la afrenta que se quiere hacer á mi sangre! esclamó Jephthé, levantándose iracundo. Y mi hija, mi única hija, destinada desde su nacimiento, segun nuestros usos al hijo de mi hermano, será desdeñada por su familia! Su corazon no conocerá nunca los placeres de las esposas, ni las deli-

cias de las madres! Que lará abandonada de todos, y repudiada anticipadamente por aquel que debe ser su esposo, solo porque es hija de un espatriado! Y quién pues me ha hecho lo que soy? Quién me ha lanzado en los azares de una vida de guerras y violencias? No han sido mis hermanos y mis parientes! Y estos mismos parientes despues de haber amontonado sobre mí todos los males, continúan sus ultrages, y vienen hoy á pedirme que les socorra: bien insensatos son en verdad! Oh! y bien merecen encontrar aquí el castigo de su crimen y de su traicion!

Seir, Reehab, Gazem, traed cadenas, y que estos temerarios emisarios sean cargados de ellas.—

Gran tumulto sucedió á sus palabras; acércanse las guardias trayendo cadenas para aprisionar á los ancianos de Galaad.

En vano pretenden hacer oír sus clamores, é invocar el derecho de gentes indignamente violado en sus personas pacificas: Jephthé nada escucha; la ira hierve en su pecho. El gefe de Maspha va á romper el último lazo que liga aun su pasado á su porvenir, va á verter la saugre de sus conciudadanos, aquella saugre que tan cara le fuera en otro tiempo! Oh! Jephthé, que vas á hacer?

Pero un ángel de paz vela á su lado y no dejará que la ira amancille una vida reservada por el Eterno para sus altos designios; y en tanto que aprestan las cadenas los súbditos de Jephthé, una doncella ha alzado el tapiz de púrpura que cobija la estremidad de la estancia: acércase serena y radiante como el fulgor de la aurora. Es Seída, la hija de Jephthé, que viene seguida de sus compañeras, á calmar los trasportes de su padre.

Todos se detienen á su vista; parece una celeste aparicion. Nunca se ha dejado ver Seída de los vasallos de su padre; siempre ha vivido segun los usos hebreos, en medio de sus compañeras, y en los lugares secretos donde las mugeres se ocultan. Todos la contemplan con respeto. Es hermosa como el alba que tiñe de blanco resplandor los montes de la Judea; su frente pura y su mirada dulce y serena la asemejan á aquellos mensajeros que á veces enviaba entonces el Señor; para llevar felices nuevas á los hombres de su predileccion.

— Escuchémosla, se dicen entre sí, todas estas gentes cuya ira se ha apaciguado. Sin duda trae la paz.

Seída atraviesa la estancia, se acerca á su padre, y saludándole, le dice con una ternura mezclada de dulce autoridad:

— Todo lo he oido, padre mio, y vengo á conjuraros que no contristéis por mi solo interés á vuestros parientes y conciudadanos que han venido á buscaros llenos de confianza. Escuchad sus súplicas y las palabras de conciliacion que os dirigen. Bendecidos sean aquellos que fian en la grandeza de vuestra alma! Gracias les sean dadas! sepan que no en vano se invoca al poderoso Jephthé.

Despues apoya la doncella su frente sobre las manos de su padre, y añade:

— Dejadme tributar los honores debidos á estos huéspedes por tanto tiempo esperados, y, sea dicho con verdad, tan vanamente deseados; al hermano de mi padre, á sus venerables conciudadanos. Bendita sea su presencia en esta morada! Dejadme que celebre su venida con mis cánticos... Vos lo decis, padre mio, cuando los recuerdos de lo pasado vienen á afligir vuestro espíritu, los acentos de mi voz os apaciguan y os tornan la serenidad. ¿Quién sabe si tantos corazones creados para amarse no se enternecerán al influjo de los encantos de la armonía?

Jephté calla, vuelve á sentarse, é inclina su cabeza entre sus manos.

Los enviados de Galaad tornan á sus puestos, y la tierna vírgen de Maspha, que ha tomado un arpa de marfil, se sienta al lado de su padre; y dejando caer su velo sobre su rostro hermoso, hace vibrar las cuerdas con sus ligeros dedos.

Sonidos de una blandura sin igual, agitan el aura y hacen circular en la estancia melodías cuya influencia alcanza al fondo de los corazones: ¡O poder irresistible de la música, quién puede sustraerse á tu misterioso encanto! Todos escuchan y callan: calmanse los ánimos, y suavízanse los corazones.

Seída une su voz á los acordados acentos del arpa; sus cánticos son himnos de paz. Dicen así:

«Los cielos cuentan á la tierra la gloria y la grandeza del Todopoderoso; y la noche estrellada anuncia las obras de sus manos (1).»

«Admirables son las leyes del Señor, porque enseñan la justicia; y sus mandatos son la verdad misma; son mas preciados que el oro mas puro, y mas dulces que la miel á los lábios ateridos.»

«Los cielos cuentan á la tierra la gloria y la grandeza de Dios; y la noche orlada de luceros anuncia las obras de sus manos.»

«El Señor lo exige; es menester que el hombre olvide las ofensas y perdone, dejando al Eterno el hierro y la justicia. El hombre debe armar á su hermano á fin de ensalzar juntos al padre comun. Si su alma se halla contristada y desgarrado el corazon, tiéndale la mano y déle el ósculo de paz, pues el Señor ha legado la concordia á los humanos para hacerles olvidar todos los males de la vida.»

(Se continuará.)

Poesía inédita.

LA ENTRADA A LA OPERA.

Eran las seis y cuarto de la tarde cuando ayer me ocurrió tal aventura que no es justo á decirla mas aguarde.
Retirado á mis solas, daba holgura á los miembros helados el brasero, y al ánimo cansado la lectura.
Y héte aqui que un solemne majadero

(1) Salmo 18; v. 2.

entróse de rondon en mi aposento,
calado hasta las cejas el sombrero.

Vaya que está gracioso el cumplimiento!
dige entre mí, sin duda es don Lucrecio
que no gasta en zalemás su talento.

Aquel tan presumido como necio;
le conoce el lector y el orbe todo
de sus fieros pulmones por lo recio:

Chismógrafo sagaz que encuentra modo
de zaherir con pullas del infierno
al vecino que hiere con el codo:

Ambulante almanak, libelo eterno
que en malos versos y endiablada prosa
ataraza lo antiguo y lo moderno:

Huron de agenas vidas que entrar osa
hasta en lo mas secreto y se zambulle
como rana en laguna cenagosa:

Lengua fatal que siempre se rebulle
y de moler al prójimo se alegra
si el paciente oidor no se escabulle.

Hediondo aliento y la saliva negra
debieran de tener los habladores,
animales mas fieros que una suegra.

Mas yo el cantor no soy de sus loores
y asi, que á visitarme aquel venia,
saber tan solo deben mis lectores.

Maldita su bondad y cortesía!
á la ópera llevarme el hombre quiso
y tuve que ceder á su porfía.

Partimos y al decirle de improviso
¿qué pieza representan? — La que fuere,
para ir allá saberlo no es preciso. —

Tocaba ya el umbral; mas él se muere
por hablar *sotto voce* ó con sordina
y, aguarda un rato, á media voz profiere.

Al favor del tederó que ilumina
la entrada aquella veíamos la gente,
arrimados cual postes á una esquina.

Entónces embozado hasta la frente
soltó su venenosa tarabilla
empezando el sermón mas insolente.

Ves, dijo, aquel que allá en la ventanilla
de seis lunetas el dinero cuenta
que en sendos patacones tanto brilla?

Este es un viejo sátrapa, su renta
á mantener ejércitos bastara.
y de año en año el *déficit* aumenta.

Por un doblon á un pobre secuestrara,
y ora pagando aquí por seis palurdos
que le hacen la mamola no repara.

Observa aquellos dos, sus paños burdos
 ser de algun inenestral por cierto afirman,
 y en el oficio aun bastante zurdos.

Pues los dos *filarmónicos* se firman
 porque rasgue en mal una guitarra,
 y su opinion viniendo aquí confirman.

Mira el otro bribon, con qué socarra
 ya del tenor, ya del contralto rie?
 el hombre es, si los hay, atroz panarra.

Porque cantusa un mal *rondó* se eargie,
 y presumiendo ser nuevo Rossini,
 no hay profesor á quien no desafie.

Hete á Gil que habla siempre de Paccini,
 de Pleyel, de Mozart, de Cimarrosa,
 y solo viene aquí por la Tarini.

Para él es la mejor, la mas hermosa:
 pues si á la *prima donna* galantea,
 es mas que por la voz por otra cosa.

Las manos á palmadas se estropea,
 y sus oídos están allí de sobras;
 para él es nombre turco el de *corchea*.

No obstante por librarse de zozobras
 de autores una larga letanía
 aprendió en las portadas de sus obras.

Mira aquella con tanta bazarria,
 con saya carmesí, capote amusco,
 flores en el tocado y pedrerías.

Parece una duquesa, y de rebusco
 es una zandunguera que aquí viene,
 merced á los talegos de su chusco.

Don Pedro allí, el fidalgo que mantiene
 en las primeras filas su luneta,
 porque á su rancio honor diz que conviene.

Abonado perpetuo! y si le aprieta
 cerca las tres el hambre meridiana
 no suena en su bolsillo una peseta.

La que entra es Mariquita; qué lozana
 acompañada viene de su criada
 no menos que ella linda y casquivana!

Entre las dos, no sabes que enredada
 docena y media traen de lampiños
 de la mas noble gente y mas granada?

Su blanca tez, sus dengues, sus aliños,
 una risita falsa y una trenza
 á todos los emboba como á niños.

Los boquirabios instan sin vergüenza,
 aflojando la plata con el ruego,
 á la astuta doncella que la venza;

Mas ellas esquivando al ciego niño
 al interes se atienen solamente,

triunfan, gastan y rien de su fuego.

Que cócora es aquel! aunque rebiente
ha de venir aquí sin más motivo
que el de pedir informes á la gente.

Preguntador más cruel! no deja vivo
al que de su luneta al lado atrapa,
para ser de noticias un archivo.

¿Quién será el que embozado con la capa
se acerca de brazero... Dios me asista!
has visto una beldad? Cómo, si es guapa!

Ah! ya me acuerdo. Ella fué corista
y se decía que un indiano... ahora
no sé si es su muger ó su conquista.

Bah! no hay raza peor que la cantora;
ese es don Blas que un almacén de solfa
en su encantado cerebro atesora.

En cuestiones de música se engolfa,
y habla, y habla, y no sabe de otra ciencia
mas que sabia el hijo de *Marcólfa*.

Vive Dios que me acaba la paciencia
ver que no falte nunca a questo gordo
que se queda á la tona de Valencia.

¿Cómo ha discernir si al mirlo ó tordo
la tiple ó el contrato se asemeja,
sien lo como es, mas que una tapia sordo?

Vuelve la vista allí. ¿Ves una vieja,
antigua emulacion de calavera,
cantatriz de reumático y jaqueca?

Si vieses dentro cual se desespera
porque alguno á su dama favorita
adrede la segunda le prefiera.

De risa rebentaras; ella grita
que á su escogida igual no tiene el mundo,
y por darlo á entender se desgañita.

Observa aquel de rostro rubicundo;
desentonaba ayer en un concierto,
y hoy critica al maestro mas profundo.

Un dilettante de pedante enjerto
es cosa atroz. Ya viene este zanguango:
el teatro sin él fuera un desierto.

Juzga ese botarate que su rango
á sempiterno abono le precisa,
aunque sólo bailasen el fandango.

Oh! qué grupo de hermosas! Llevan prisa,
y á fé mia no es la ópera su fuerte:
lo mismo están allí que están en misa.

Mejor que el palco escénico divierte
sus ojos buscadores de galanes
el patio si de para buena suerte.

Porqué vendrán aquellos dos patanes?

si el corazon no miente me presagia
que dentro quedan hechos dos bausanes.

Calla! tambien Anselmo y la Pelagia?
Por eso es que ella canta como un mirlo:

Ya se vé, como la ópera contagia...

Mira aquel que en la cara tiene un chirlo,
de su frac las hechuras debe al sastre,
y ante sus barbas viene aqui á lucirlo.

Posible es que un deseo tanto arrastre,
que pobres abrumados de laceria
hagan para lograrlo tal desastre!

Esa familia hundida en la miseria
ha hecho su cama huérfana de toldo,
por no dejar una ópera que es seria.

Esas las hijas son de don Leopoldo
que del aire cantado aqui se atracan,
y en casa tuestan pan con el rescoldo.

A su papá con mimos le sonsacan,
y el bendito no sabe que las chicas
á pública subasta el rostro sacan.

Marido buscan, sí, las doncellicas,
como si el teatro de ellos fuese tienda,
y sueñan ya que al fin serán muy ricas.

Aquel de allí á Morfeo se encomienda
en un rincon del palco, y duerme y ronca
lo mismo que lo hiciera en su vivienda.

Ni del tremendo *bufo* la voz bronca,
ni la voz de la *tiple* cuando chilla
su sosegado sueño le destronca.

Solo al final despierta. Manolilla
es aquella que viene á dar guiñadas,
que se cruzan cual fuegos de guerrilla.

¿Qué importan las actrices afamadas
con tal que ella á los jóvenes penetre
con una de sus rápidas miradas?

Mira á don Barbilindo el petimetre,
con su nariz que cierto no es muy roma,
pues mas narices tiene que caletre.

Mírale, amigo mio, como asoma
por un bosque de vello; y que bien hinca
sus lindas gafas en aquella loma!

Cómo juega el junquillo! como brinca,
apesar de sus graves anteojos!
si creerá que el ser miópe es una finca?

Porqué le ha dado Dios tan buenos ojos?
Yo sé que sus cristales son mentira,
ni son mas que cristal de puro flojos;

Mas toma tal placer cuando los gira
y añade unos gemelos que endereza
á cada palco que pasion le inspira!

Ves aquel fantasma cuya cabeza se eleva mucho mas de lo ordinario pues aguantan sus sienes otra pieza?

Muy bien entretenido con lo vario de *cavatinas* y *arias* se recrea y en *arias* se transforma el perdulario.

Un diestro militar le galantea la esposa que picada del olvido, de primoroso talle y nada fea,

Dice: si se divierte mi marido justo será tambien que yo me alegre, que sola aqui pudirme no es debido.

Repara aquel vegete enan alegre paga por don Marcelo y por su hija, para que el buen señor con él consuegre.

Mas ella es una linda baratija, y un viejo redomado el don Marcelo que á espensas del papá se regocija.

Aquel que entra es un pícaro moznelo que brazo á brazo viene con su tronga, merced á lo que hurtando va á su abuelo.

Posible es que venir aqui disponga, para oír *carrerillas*, *semifusas*, un secuaz de la *Máxima* y la *Longa*!

Y el otro! predilecto de las Musas, que ha compuesto dos clásicas tragedias, en el tintero de *Boileau* infusas!

Blasfema de Moreto y sus comedias, por sus incorrecciones y defectos, y por venir vendiera hasta las medias:

Como si de ordinario los librettos no estuviesen escritos á lo tonto, género mucho peor que los *conceptos*.

Quizá en estas cuestiones me remonto mas allá de lo justo... mas, ah! dime, no oyes? vamos adentro, vamos pronto,

Que tal? oyes? Magnífico! sublime! es la primer arcada. Qué obertura? el corazon me late, se me oprime. —

Y asiéndome del brazo con presura me empuja al coliseo y me desvía del sitio en que á sus anchas él murmura.

Cien cuadros de costumbres ya tenia trazados en la mente con empeño, mas al punto que oí la sinfonía se borraron las líneas del diseño.

PALMA Y FEBRERO DE 1829.